

LA VISITA

JOSÉ MANUEL BRITO

“Dice ahora, a quien quiere oírle, que regresa de donde nunca estuvo”

Alejo Carpentier

El hombre pidió con la mano otro trago y yo me fijé en sus botas enfangadas. No había llovido desde hacía meses pero su ropa destilaba gotas de agua que se iban depositando en derredor suyo, formando minúsculos charcos como de café con leche.

Prudencia, que acababa de entrar, dijo Ya me arruinó el piso y eso que estaba acabadito de fregar; pero el hombre ni la miró siquiera y la mujer se perdió cabizbaja y silenciosa por el hueco de la cocina.

Desde el extremo de la barra, Pancho, en un segundo de lucidez, olisqueó la posibilidad de otro lingotazo y, después de chistar al hombre, exclamó Por fin la lluvia, esto hay que celebrarlo, ¿hace?; pero el hombre miró quedo al vaso haciéndolo girar en vaivén con la yema de los dedos.

Con disimulo me acerqué hasta la tragaperras para poder observar desde allí con mayor libertad. Eché unas monedas y, sin fijarme apenas, con un golpe de nudillos pulsé una tecla. Después de escupir unos acordes metálicos la máquina dijo Gracias, pruebe de nuevo su suerte; y yo, como un autómatas, volví a

introducir más monedas por la ranura sin quitar los ojos de la ancha espalda del forastero.

Don Alipio, el secretario, se levantó despacio de su mesa y midiendo los pasos, como quien no quiere despertar a un niño recién dormido, se me acercó. Al tiempo que me tocaba con el codo me susurró Acuérdate de Rosendo; y sin esperar un sí o un no me soltó otro susurro fétido, delator de una halitosis apenas disfrazada por tímidos aromas de menta y café: Ése, me explicó, igual de bruto y viejo, pero más mudo que nunca.

Sin dejar de acariciar la ranura hambrienta giré la cabeza y tras el sucio cristal pude ver la calle que comenzaba a teñirse con los colores de una tarde casi muerta. No llovía. Pero a pocos pasos se podía escuchar un chapoteo lento y continuo. Fuera, las sombras ocuparon sin recelo aceras y portales, y pude ver cómo se perdía don Alipio entre ellas persignándose. Antes de abandonar el bar, el viejo secretario, tembloroso y casi sin voz, me había confesado que la noche en que mataron a Rosendo, el Mudo, llovía a cántaros.

JUGUETE PREDILECTO

Mientras desparrama la vista por el mercado de Antigüedades al aire libre de Waterloo Plein, en lo que comienza a ser una obsesionada búsqueda, debe esquivar graciosamente los múltiples objetos diseminados por el suelo a causa de su paso ligero y distraído. Apenas se para, pues lo que él busca con ansiedad de años lo podrá apreciar desde lejos. Ha comenzado a indagar precisamente por este rincón de la ciudad a sabiendas de que será el principio de una larga y exasperante cacería. Como tal quiere prolongar el placer: sabe que en esta urbe tímidamente vestida por rayos de invierno, tras una esquina, tras una puerta campanilleante, cobrará la gran pieza soñada desde su niñez.

Durante su primer viaje a Amsterdam, hace tres años, la frustrada ilusión de su infancia salió de nuevo a

flotar en las turbias aguas de su conciencia. En aquella ocasión, como recién estrenado hombre de negocios en su primera misión comercial, se había hospedado en el Swissotel Ascot, en la calle Damrak; y precisamente desde allí, olvidando el verdadero objeto de su visita, comenzó la búsqueda aún no sabía de qué, dejándose llevar por los canales, cautivado por las interminables hileras de casas envueltas en el misterio que desprendían las flores, los olmos, las gentes... Formas y colores se fundieron en el crisol de su memoria devolviéndole el sueño olvidado, y respiró la sombra embriagada de los tilos mientras se mecía con sus recuerdos en el manso abandono de las aguas. Regresó con los contratos en blanco, sin importarle la inevitable y atronadora despedida: perdía su primer empleo importante pero a cambio recobraba un retazo de sí mismo.

Hasta entonces, y durante largos años, se había disfrazado con las intenciones del que para él había sido un padre hosco, severo y con un particular sentido de los olores. “Recuerda, no lo olvides nunca: un hombre debe oler siempre a tabaco, a vino y a mujeres”. Lo del tabaco y el vino había llegado a comprenderlo; pero lo de oler a mujeres le había hecho dudar entre la tierna fragancia a esencia de nerolí emanada de los camisones de su madre —cuando a escondidas se los probaba y olía— y el hedor desprendido por las bragas de la tía Carolina, las que, arrastrado por su irrefrenable curiosidad olfativa, extraía de la cesta de la ropa sucia. Le apasionaba la aventura de los olores. Lo que en un principio fuera simple curiosidad, por efecto del entrenamiento había derivado en facultad, en poder tautomático, del que hacía gala anunciando el olor de la tierra mojada antes de que cayera la primera gota de lluvia; o el del salitre, que percibía incluso antes de partir de vacaciones a la casa de la playa. Olía; olía el presente mejor que nadie, y mejor que nadie intuía los aromas venideros. Pero el miedo a no acertar con los deseos paternos le impidió decantarse por la fragancia maternal, con la que hubiera preferido impregnar sus ropas, su piel y su mirada. “¡Por tu culpa, oíste! Por tu culpa nos saldrá maricón este chiquillo de mierda. ¿Quién ha visto a un hombre —para su padre hombre se era ya a los diez años— jugar con muñecas, carajo?...”

Jugar y escapar; escapar jugando. Convertir cualquier objeto en el más entretenido de los juguetes. Con un lápiz —cepillo ficticio— peinaba su también imaginaria cabellera lacia y larga hasta la cintura. Con pétalos de geranio, cuando su hermana estaba de buenas y prometía no chivarse, cubría la punta de sus dedos cual resplandeciente pintura de uñas, reproduciendo con teatrales y lentos movimientos las poses a lo Marlene Dietrich captadas en las viejas revistas de moda tantas veces hojeadas —manoseadas— en las luengas y frías tardes de invierno. Todo, absolutamente todo lo que él era capaz de imaginar, le estaba vedado. Y no digamos cuando, con ocasión de su décimo

cumpleaños, se le ocurrió pedir como regalo el objeto innombrable, el mayor de los disgustos de su padre en la cadena de insólitas tendencias del descarriado hijo. Por contra, Anita podía pedir y disfrutar de todo sin cortapisas. Ah, la hermana, cómplice de su desdicha. “¡Papá, papá, Alfredito se ha encerrado en su cuarto con mi vestido de primera comunión!” *Comunión, maricón, coscorrón. Y discusión...* “¡Por tu culpa, oíste!”

Aquel paseo por los canales en su primer viaje a la ciudad hija de las aguas reabrió la causa pendiente, de tal manera que los pliegos que daban fe de los buenos ratos en la intimidad proscrita acabaron imponiéndose a los vetustos legajos sobre sinsabores y reprimendas por los juegos prohibidos. Aquellas angostas fachadas, de pequeños tejados escalonados, eran la viva imagen de la casita que tantas veces había dibujado entre las pulcras páginas de su cahier de Francés, o en las tapas de su libro de Matemáticas. Ahora, tres años más tarde, sin la perspectiva de contratos que cerrar ni tediosas reuniones que soportar, la misma ciudad que despertara su memoria le proporcionará su añorado regalo de cumpleaños. De ello está más que seguro. Y con la misma seguridad pasea por el casco antiguo, apretujando en el bolsillo de su gabán una de las guías de tiendas que le han proporcionado en la Oficina de Turismo.

Mientras que, con artificial indecisión, las farolas encienden la tarde piensa que por fin se aproxima a su objetivo; que, una vez en casa, podrá disfrutar en paz sin que ningún energúmeno con disfraz de padre se interponga entre él y su anhelado juguete. Y recuerda la firmeza y el calor de unos brazos que aguardan su regreso. Y susurra un nombre, convocando la figura protectora de alguien en quien confía desde hace tres años; alguien que, sin dudarle un instante, hará desistir a cualquiera de opinar sobre la conveniencia de su juguete predilecto; o sobre la idoneidad de los detalles decorativos del piso recién adquirido, en cuyo salón, en un rincón privilegiado donde reinará un eterno perfume de azahar, las visitas contemplarán su esplendorosa casita de muñecas.